

estruendo del asueto de escolares vecinos, los ladridos de perros guardianes en las lejanas huertas y cien ruidos débiles, pero claros, que llegan á los oídos como un secreto. Los canónigos y señores de la ciudad pasean por unos ú otros andenes, según la estación. Los mendigos, de esos que como el toledano que dibujó Valeriano Bequer para *La Ilustración Española*, llevan sus andrajos con tal altivo porte como un gran duque de Medina Sidonia su capa y sus veneras, toman el sol ó la sombra hablando de sus mocedades, bravezas y sucesidos como si fuesen banqueros, en el castellano más rico que se habla en la Península y con mímica mesurada, pero rica y expresiva. Muchachas de fresca hermosura y gentilísima gracia, de las que abundan en Córdoba en todas las clases, cruzan exhalando sus voces de una claridad infantil encantadora ó esperan vez en el chorro del olivo para llevar

á sus casas la salud con el agua de Abd-el-Raman; los muchachos chillan, las viejas pregonan sus arropias, los gorriones llueven sus granizadas de pidos sobre los tranquilos ámbitos, y allá en las alturas del San Rafael que corona la torre gritan las aguilillas, sin que ninguno de estos ruidos perturbe ni destierre de alma y cuerpo el amor á la paz bendita que se respira y á la higiénica sensación de una vida sana y robusta que lentamente le penetra á uno por todos los poros.

Los domingos se engalana la ciudad. Millares de campanas atruenan el espacio y al zumbido de las de la torre, que parece preñada de ecos, desfila por el patio de los naranjos y sus claustros la juventud ébria con su gloriosa preminencia.

Los cordobeses gozan de estas venturas casi sin verlas ni notarlas, pero hay que ver el aspecto extático de los extranjeros ante las ma-

ravillas de la mezquita ó cuando vagan por el patio de los naranjos, recreándose en aquella luz única, en aquel espacio azul, donde todo tiembla, aletea, guiña y exhala, habla y rie con juventud perenne bajo la acción de un sol, poderosísimo amante y excitante eterno.

El orientalismo de Córdoba es como más patriarcal que el de Sevilla; en él se encontrará muy bien hallado á su vuelta para Africa el embajador marroquí, Sidi-el-Hach-Abdel-Kerin Brisha, nuestro huésped. En él, y bajo la acción del sol, del montilla, de la naranja y aceituna, y sobre el suelo más fértil de España, se desarrolla la vida con la riqueza y variedad que caben entre las dulzuras de los versos de Grilo y la legendaria figura de *Lagartijo*, personificación la más acabada de la gracia varonil y del valor sereno.

Ciudades que por su población, monumentos y porte aristocrático tienen más importan-

cia que muchas capitales de provincias, forman á Córdoba como un cortejo de riqueza sorprendente aún hoy que la agricultura atraviesa por aguda crisis. Estas son Montilla, Cabra, Lucena, Priego, Aguilar, Bujalance, Baena, Montero, tan ricas en timbres como en granos, vinos, frutas y ganados.

En una sola cosa debieran pensar constantemente los cordobeses hasta que consigan alcanzarla: en la canalización del Guadalquivir hasta Sevilla para dar fácil y barata salida al mar á estos productos y á los de su riquísima región minera de Sierra Morena; y la verdad es que pensar en algo, sería en Córdoba algo así como un medio de diversión en la inalterable tranquilidad de su existencia.

Febrero de 1895.

NOTAS ARTÍSTICAS

É

HISTÓRICAS



SALAMANCA

SALAMANCA

Plaza de las Escuelas Menores

Si España no hubiese dado tantas pruebas de vitalidad durante este siglo, desde aquella primera con que afirmó para siempre su in-

dependencia hasta ofrecer hoy el espectáculo de un pueblo libre que sabe encaminar sus esfuerzos en pos del ideal de paz, trabajo y prosperidad que persigue; tal vez sería hasta imprudente ocuparse con frecuencia en ensalzar los testimonios de la incomparable grandeza de nuestra historia, enumerando la riqueza ilimitada de esos monumentos que albergaron á nuestros padres, y que proclamaban con su magnificencia la cultura y el poder incontrastables de que supieron hacer metrópoli á esta sagrada tierra de España. Sería peligroso dar á cada momento la medida de nuestra pequeñez actual, al compararla con nuestra pasada grandeza, si no se mostrara esta generosa raza digna de su pasado, sufriendo con serenidad tan estoica y vigor tan grande las diarias desdichas que traen los tiempos. No pagará la historia mañana con menor admiración las pruebas de ánimo invicto dadas por

la España pobre y combatida de hoy, que la que consagra á la España grande y triunfante de ayer.

Por eso y á pesar de nuestra agricultura, industria, comercio, navegación, nuestra riqueza y poder son escasos, como revela bien claramente el caserío moderno, mezquino y antiartístico que nos alberga, podemos ensalzar los monumentos que albergaron á la España grande y temida, y los estudiamos además para infundir en el espíritu nuevo, bastante desorientado todavía, el instinto nacional artístico, y día llegará en que, mediante estas inclinaciones, la patria reconquiste su arte, como conquistó su independencia y su libertad. Si tienen ó no importancia las cuestiones artísticas díganlo cuantos ven con pena que se hacen templos á la francesa, edificios públicos á la alemana, monumentos á la diabólica, irrisiones de piedra, pruebas lamentables de una

criminal ignorancia del arte nacional y señales las más evidentes de decadencia.

¡Salamanca! Parece mentira que esa imitación y decadencia se perpetúen existiendo en nuestro suelo ciudades que ofrecen modelos españoles como los que atesora esta preciosa ciudad. La catedral vieja bizantina con su cúpula oriental; la nueva catedral plateresca y gótica de Gil de Ontañón, el fecundísimo artista autor de la fachada de la Universidad de Alcalá, de la catedral de Segovia y otros muchos monumentos; la parroquia de San Martín; la de Santiespíritu; el peregrino convento de Santo Domingo; el de San Esteban con su fastuoso claustro; la iglesia de la Compañía; el Colegio Viejo; el Colegio del Arzobispo con su regio patio; el grandioso convento de las Calatravas; veintitres parroquias más, de antigüedad remota casi todas y singular mérito artístico; cerca de treinta conventos

abandonados y en distinto estado de ruina, doce ocupados por religiosas; multitud de casas solariegas como la de las Conchas; palacios como el incomparable del conde de Monterrey, góticos ó del Renacimiento; torres, fortalezas como la del Clavero, y por toda la ciudad, esparcidas con profusión inacabable, pruebas á cual mas peregrinas del buen gusto de nuestros artistas en ajimeces de todos los estilos, balcones platerescos, puertas y ventananas con las galas de todos los estilos, en la peregrina, libre y atrevida confusión de que solo fueron capaces los originalísimos arquitectos españoles de otros tiempos.

Pero con ser todo lo enumerado tan grande en Salamanca, lo más grande y bello es su Universidad. Así como las ciencias y cultura de Toledo tienen un carácter cosmopolita y extraño, las ciencias y cultura de Salamanca reciben el espíritu nacional, que desde las

montañas donde se inició la reconquista fué creciendo, hizo estación en Palencia y se condensó en Salamanca, en su Universidad fundada por Alfonso IX de León y engrandecida por Fernando III.

Llegó á contar por término medio unos nueve mil estudiantes, y en 1569 tenía setenta cátedras. Siete de teología, diez de cánones, diez de leyes, siete de medicina, once de filosofía, una de música, una de astrología, una de lengua caldea, una de hebreo, cuatro de griego y diecisiete de gramática y retórica.

Hubo estudiantes de todas las naciones, y principalmente ingleses é irlandeses católicos.

Allí explicaron hombres tan insignes como fray Luis de León, Melchor Cano, Nebrija, fray Domingo de Soto, El Brocense, Covarrubias y otros. Estudiaron los Santos Juan de Sahagún, Tomás de Villanueva, Juan de la Cruz, Toribio de Mogrovejo, Pedro Bautista, Beato Juan de Ribera.... los fundadores, políticos, guerreros, escritores Diego de Anaya, Jiménez de

Cisneros, Hurtado de Mendoza, Bartolomé de las Casas, Zurita, Nicolás Antonio, Ambrosio de Morales, Hernán Cortés, Arias Montano, Saavedra Fajardo, Cervantes, Meléndez Valdés, Villegas, Jovellanos, Quintana y otros muchos hombres ilustres. Era la universidad española que competía en concurso y fama con las de París, Oxford, Bolonia y Lovaina, y según Carlos I, *el tesoro de donde proveía á sus reinos de gobierno y de justicia.*

Un barrio de Salamanca compuesto de suntuosísimos edificios albergaba la grandeza de su Universidad; la Universidad propiamente dicha, construida por los Reyes Católicos, que es una maravilla del Renacimiento. Las Escuelas Menores, de estilo plateresco, y el Hospital de Santo Tomás para asistencia de estudiantes pobres. Los colegios incorporados, cuatro mayores, cuatro militares de las respectivas órdenes, veintitún menores y dos seminarios.

En medio de la plaza de las Escuelas Menores, dando frente á la fachada de la Universidad, se eleva la estatua de Fray Luis de León, erigida el año 1868. Los restos de este varón insigne, hallados poco antes en las ruinas de su convento de San Agustín, demolido á pesar de la protesta de muchos amantes de las artes españolas, se salvaron de la destrucción por una casualidad.

¡Salamanca! ¡Cuándo llegará el día en que se inclinen los corazones hacia el tesoro de inspiraciones patrias que atesoras! Volverá; ser españoles, reingresar en nuestra gloriosa casta debe ser el ideal de nuestra juventud y á esto pueden contribuir los artistas, inspirándose en nuestros monumentos para crear el arte nacional moderno.

Marzo de 1895.

VALLADOLID

VALLADOLID

La Universidad

Valladolid, como la mayoría de las villas,
ciudades y aldeas de naciones como España,
cuya historia arranca de los oscuros orígenes